

La traducción de la literatura helénica a lenguas extranjeras¹

Circe Maia

En su libro *Miseria y esplendor en la traducción* José Ortega y Gasset incluye esta tarea —la de traducir— entre las que podemos llamar utópicas. Inmediatamente aclara, sin embargo, que todas las tareas propiamente humanas lo son, pues si el hombre se propusiera solamente tareas posibles, se aburriría enormemente. Debe, pues, —y lo hace— proponerse tareas imposibles, como la justicia perfecta o el amor eterno. La comunicación o equivalencia exacta entre expresiones de distinta lengua es estrictamente imposible, como lo es también aun la expresión perfecta de mi propio pensamiento en mi propia lengua. Esto es también utópico. Muchas cosas callamos por no poder o no saber cómo decirlas. Toda expresión lingüística parece necesariamente traicionar sentimientos demasiado delicados o complejos.

Pero el hecho de la imposibilidad de llegar al fin no elimina la obligación de ponerse en camino. Si no llegamos, por lo menos nos acercamos y no es lo mismo ver las torres de una ciudad querida desde una colina cercana, que entreverlas, en medio de la niebla a enorme distancia... ¡Claro, que, aun así, peor sería ni siquiera entreverlas! Con esto quiero decir que aun la peor traducción puede dejar entrever, a veces, las cualidades del texto original. Jorge Luis Borges recuerda haber asistido a una representación de un drama de Shakespeare, en una pésima traducción y haberse sentido conmovido; de modo que Shakespeare había logrado abrirse paso a través de ella (de la mala traducción) y salir triunfante. No siempre es así, naturalmente, y abundan los casos en que el texto es groseramente deformado y el espíritu de la obra se pierde irremediamente. La traducción puede, pues, acercarnos o alejarnos de un texto.

1 Participación de la poeta en el Encuentro de Escritores y Traductores de Literatura Griega, celebrado en Delfos en 1992 y que se reproduce aquí por primera vez.

Por otra parte, esta metáfora tan espacial, de lejanía o cercanía, puede ser muy insuficiente en ciertos casos. Pensamos que deben tomarse en cuenta los diferentes fines de la traducción. Entre ellos, el que parece más «infidel» sería el de utilizar el texto original como estímulo para la creación propia. Esto, hecho por un gran poeta, puede dar resultados sorprendentes... Estoy pensando en el poema «Papyrus» de Ezra Pound, que tiene como origen un fragmento muy deteriorado de un poema de Safo, del que solo quedan restos de palabras y un nombre propio. En el poema de Pound, el autor no trata de reproducir nada del texto griego, que no posee sentido inteligible, por otra parte, dado el estado de deterioro en que se encuentra. Pound crea, sin embargo, una estructura paralela, en la que aparecen efectos fónicos propios de la lengua inglesa, no de la griega, pero que, de una manera muy sutil, la reflejan. He elegido la palabra *reflejo* con conciencia de que no es la adecuada, pero no sé qué palabra usar para referirme a esa situación extraña en la que se coloca el poema de Pound «al lado» diríamos, o «en frente» (¡otra vez las metáforas espaciales!) de un remotísimo y casi aniquilado antecedente.

Pongo entre paréntesis —porque no se trata de un original griego, pero el fenómeno es similar— el caso de la traducción de un poema provenzal (un alba medieval) hecha por el mismo escritor norteamericano. En este caso, el sentido del original no está borrado y Pound puede seguirlo paso a paso, pero logra un efecto curiosísimo que no está en el original provenzal: las rimas se van volviendo más claras, con sonidos más agudos, como contrapartida fonética del amanecer.

La tarea de traducir puede hacerse, pues, con finalidades diferentes e igualmente válidas. Tomemos el ejemplo muy actual de los problemas de la traducción de la propaganda comercial, que parece estar en las antípodas de la traducción literaria, pero no lo está. Los problemas son, en realidad, muy similares. En la revista *Traduire*, de la Sociedad Francesa de Traductores, del mes de octubre del 88, se planteaba el problema de la traducción de los mensajes comerciales que acompañan normalmente una imagen televisiva. Al pasar de un contexto cultural a otro diferente, el mensaje, aun correctamente traducido, es decir literalmente, perdía a veces su eficacia, se «debilitaba», diríamos, al pasar de una lengua a otra. El traductor debía crear un giro lingüístico propio de su lengua, para provocar

un efecto psicológico similar. ¡Pero ese es justamente el problema de la traducción de literatura! El traductor siente que, si no introduce algún cambio, es más infiel al espíritu del texto original, pues las mismas palabras, es decir las que denotan el mismo objeto, tienen resonancias afectivas diferentes en una y otra lengua.

Hay otras actitudes frente a la traducción, que son muy comunes y equivocadas: sabiendo que no es «el mismo» poema el que se lee en otra lengua, la declaración de imposibilidad va acompañada de menosprecio. César Aira, escritor argentino, dice: «Traducir poesía es el más necio de los pasatiempos adolescentes. El que quiera leer a Baudelaire y no se toma el trabajo de aprender el francés... se merece las traducciones». Recordemos, sin embargo, que el propio Baudelaire tradujo a Edgar Allan Poe, y según opinión de T. S. Eliot, al traducir al francés la prosa de Poe, Baudelaire la mejoró sensiblemente, dice, transformando lo que era a veces una prosa inglesa descuidada y vulgar, en un francés admirable.

El núcleo de este trabajo pienso que debe ser mi experiencia personal en la traducción de literatura neohelénica a una lengua extranjera; en mi caso particular, el tema se delimita a la exposición de mi experiencia en la traducción de algunos autores —poetas griegos contemporáneos— a mi lengua, el castellano. He pensado que debía hacer una introducción en la que expusiera algunas posiciones teóricas sobre el problema de la traducción en general y no querría cerrar esta introducción sin referirme brevemente a dos obras muy importantes: *La tarea del traductor*, de Walter Benjamin y algunas ideas del libro *Después de Babel*, de George Steiner.

Para Benjamin, la finalidad de la traducción es poner de relieve la íntima relación que guardan los idiomas entre sí. Este vínculo íntimo de las lenguas no tiene nada que ver con las relaciones históricas de dependencia de unas o independencia de otras. Esto no es lo esencial. El hecho es que todas las lenguas, según Benjamin tienen cierta semejanza en la *forma* de decir lo que se proponen. Llegamos así a una palabra clave, un concepto clave: el de la forma. La traducción es, ante todo, una forma, dice este pensador, una forma que deriva de la obra misma, por expansión de esta. Ninguna traducción sería posible si su aspiración suprema fuera su semejanza con el original, porque este mismo no es algo inmutable, sino que integra la vida de cada cultura y por lo tanto, se modifica su comprensión, de la misma manera que también se modifica la lengua del traductor.

Otra idea interesante es la de que ningún idioma por separado puede satisfacer plenamente todas las virtualidades del «lenguaje puro». Tomadas aisladamente, las lenguas son incompletas y también las traducciones lo son, naturalmente. Todo lo humano aparece como fragmentario. Y aquí encontramos la curiosa imagen de la vasija rota. Citamos:

Como sucede cuando se pretende volver a juntar los fragmentos de una vasija rota que deben adaptarse en los menores detalles aunque no sea obligada su exactitud, así también es preferible que la traducción, en vez de identificarse con el sentido global del original, reconstituya hasta en los menores detalles el pensamiento de aquel en su propio idioma, para que ambos, del mismo modo que la vasija, puedan reconocerse como fragmentos de un lenguaje superior.

El pensamiento de que las traducciones de un texto forman parte de su vida misma, de su poder irradiante, diríamos, se encuentra también en algunas consideraciones de Borges, aunque con un tono más pesimista. Dice que así como un objeto puede ser considerado la fuente de distintas impresiones posibles para una o para varias personas, así lo mismo puede aseverarse de un texto, vistas las repercusiones incalculables de todo lo verbal. Borges también sugiere la idea de carácter «fragmentario» del texto y de la traducción por el hecho mismo de la movilidad de las percepciones; «un parcial y precioso documento de las vicisitudes que sufre el texto original —dice Borges— se encuentra en las traducciones».

Por último, y para cerrar esta parte de consideraciones generales, quisiera referirme a algunas ideas de George Steiner. Este autor dice que hemos puesto más énfasis del necesario en el carácter informativo del discurso lingüístico, las miles de posibilidades secretas de sentir, agrega, justifican la existencia de miles de lenguajes. Por eso el acto de traducir es ambivalente; por un lado multiplica la vida y el poder del texto original, y por otro lado hace perder necesariamente mucha intimidad, mucha vitalidad secreta. Cada lengua, dice Steiner, es «como la casa del recuerdo y del secreto, habitada por un grupo humano determinado. Ella comunica al extranjero solo sus intuiciones más banales, las de menor valor». Al intentar traducir poesía neohelénica al castellano he recordado muchas veces con desaliento estas palabras de Steiner. Sin embargo, el traductor tiene muchas alegrías. Puede ocurrir —y de hecho ocurre muchas

veces— que lo que parecía trivial y banal en la lengua original, quiero decir lo que les parece trivial y obvio a los hablantes de esa lengua, al ser traducido se muestre como una asociación insólita de vocablos, muestre la metáfora escondida (toda lengua es metafórica) que ya era invisible en la lengua original. Quiero poner el ejemplo muy concreto del nombre de los colores en griego y en español. Cuando una tonalidad es más clara, se dice en griego que es más «abierta» lo que constituye una metáfora totalmente insólita en español. La lengua es «la casa del recuerdo y del secreto», pero también es la casa del olvido y la pérdida porque muchas veces olvidamos o desatendemos lo que las palabras que usamos en verdad dicen.